

Notas críticas a un libro de Flores Galindo

LA VERDAD SOBRE PLEBE y aristocracia en la Independencia

Por Juan José Vega

Un libro muy ameno, como todos los que escribe Alberto Flores Galindo, es "Aristocracia y Plebe". Constituye una de aquellas obras que se leen fácilmente, aún más, que deleitan tanto por la gracia del estilo como por la abundante información que brindan.

Dicho sea esto en honor a la verdad, en coincidencia, además, con las numerosas críticas favorables que han acompañado su edición. No obstante, quisiéramos precisar que lo grato de la lectura no da, necesariamente, certidumbre en la teoría, ni la acumulación de informaciones —por más que muchas sean novísimas— proporciona una visión integral sobre la época transicional que abarca. Faltan allí muchas áreas. Esencialmente la obra carece de un adecuado enfoque de las clases sociales de ese tiempo y su imbricación con las segmentaciones raciales. Existen, asimismo, numerosos errores de información. Pero lo peor bien podría ser el uso de un lenguaje "revolucionario" que conduce sin embargo a determinadas aseveraciones que francamente se alejan de la verdad. Quizás al autor lo han vencido algunos prejuicios. Bosquejemos algo de lo sostenido.

PREJUICIO ANTIMILITAR

a) Siguiendo de cerca lo que sostiene Heraclio Bonilla, Flores Galindo afirma que durante la independencia "entre el Ejército y el bandolerismo no parece existir mayor diferencia" (págs. 234, 226).

Luego dice, increíblemente: "el bandolerismo impone un estilo incluso al Ejército" (p. 234).

Pero realmente, ¿esto es válido? ¿es cabal? ¿podemos en verdad sostener que los vencedores de Junín y de Ayacucho fueron un hato de bandoleros, o que tales eran los que combatieron con denuevo en Torata, Corpahuaico y tantos encuentros más? ¿Los Húsares de Junín, fueron una partida de bribones?

Esas tesis son falsas y por tanto perniciosas. Al contrario de lo que afirma el autor, es unánime el criterio de los informantes de la época en el sentido que reinaba gran disciplina en las huestes peruanas. San Martín lo expresó reiteradamente, al

igual que el exigente mariscal Guillermo Miller, el de las veintitantas cicatrices. Si tuviéramos que escoger un elogio sería el de Simón Bolívar, siempre severo en sus juicios: "Son un modelo de moral, de orden y de conducta. No puede Ud. figurarse lo bien que se han portado en todos sentidos en el campo de batalla y fuera de él, y lo mejor es que pueden recorrer veinte leguas en un día como nada. En medio de todas las insurrecciones e infamias del principio del año pasado, ellos fueron siempre fieles a su Patria y nunca empañaron su honor ni su gloria", afirmación que consta en Rubén Vargas Ugarte (VI, 336).

La perspectiva del autor carece, pues, de base, y además resulta reaccionaria. Sencillamente porque ese Ejército peruano (al igual que el de otras naciones insurgentes) era de extracción netamente popular en la tropa y de fuerte presencia popular y de las clases medias en sus cuadros de oficiales; Ejército que, además, poseía en aquel momento metas positivas; el rompimiento de la sujeción colonial.

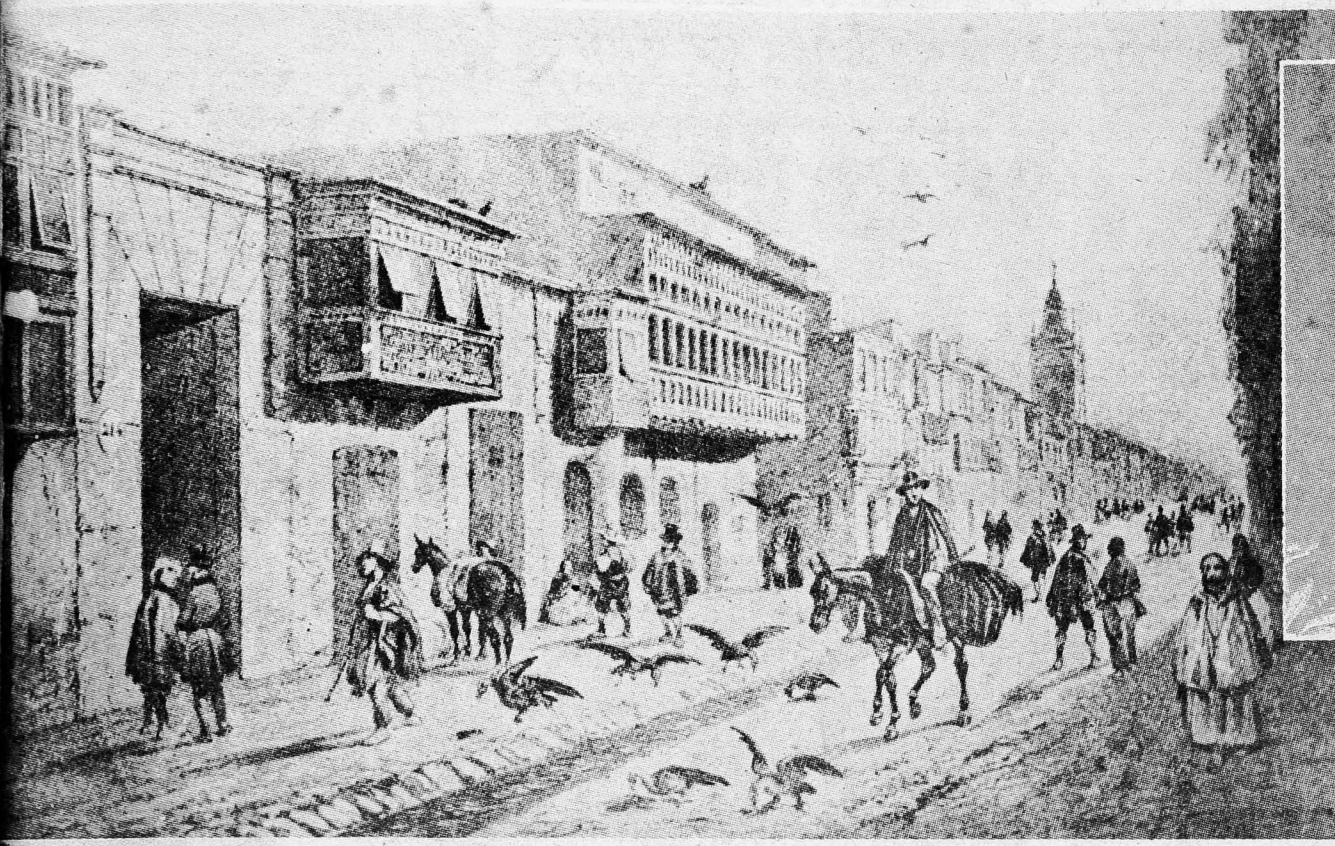
b) En otro aparte el autor señala que fueron esclavos cimarrones los que entraron al Ejército de San Martín (p. 216). Y no dice más. Independientemente de que esto pudo ocurrir, como sucedió, fue en casos de excepción porque no había tantos cimarrones. La mayoría de negros que ingresó al Ejército libertador en Ica en la primera etapa fue de algunos libres y de los esclavos comunes de las haciendas, después ingresaron en mayor cantidad grupos de esclavos de haciendas limeñas.

c) Descuida también el autor otro hecho esencial: fue el virrey La Serna el primero en aplicar la leva de esclavos, con fines bélicos. Lo hizo para reforzar su Ejército, muy merchado entonces por desertiones, la peste y otras causas. Ese acto, precisamente, impulsó aun más el distanciamiento del virrey frente a la aristocracia limeña, que vio la medida como un abuso español. Y, además, es preciso diferenciar con nitidez a los soldados voluntarios (casi todos los de los patriotas) de los soldados forzados (los virreinales en su mayoría), lo cual el autor no hace.

d) Por último, una acla-



Pancho Fierro documentó, críticamente, la realidad al final de la Colonia.



Ciudad de gallinazos y marqueses, algunos de los cuales como Riva Agüero, se disfrazaron de patriotas. Simón Bolívar reclutó soldados entre la plebe peruana.

ción sobre un tema afín. No eran los soldados del Ejército Libertador los que impedían el tráfico normal de arrieros entre la sierra y la ciudad de Lima (p. 16), puesto que en estos caminos no había soldados. Eran los montoneros, cuerpo absolutamente distinto al Ejército; y no hay que restar méritos a los guerrilleros peruanos, hijos del pueblo, indios, mestizos y negros casi todos, de los cuales indisciplina, turbulencia— sólo se percibe una vaga sombra en todo el libro. Revisemos sumariamente otro aspecto clasista mular.

HACENDADOS Y COMUNEROS

Los comuneros peruanos fueron el sector social más perjudicado por la independencia, dentro del campesinado en su conjunto. No se requiere mayor copio documental para apreciar, en primer lugar, que miles y miles de campesinos quechuas y aimaras perdieron la vida en batallas y guerrillas. Lucharon en los dos bandos. Ininidad quedaron heridos, menudo inválidos, y sobre la materia cabe especificar que en varios lados del país —como en tierras pucuchanas— los comuneros venían batiéndose arrosamente por la libertad desde 1814. Por otra parte numerosos pueblos sufrieron destrucción parcial. Varios fueron arrasados, como Cangallo, Junín y Huaypacha, para mencionar los ejemplos más notables. Demás es decir que los grandes ejércitos patriotas combatientes, a veces sin servicios logísticos, vivían a expensas del campo que atravesaban, por lo cual se taban las cosechas y se deaba los rebaños, asimismo, caballos, mulos y nos eran requisados para servicio, con pagos casi siempre incompletos. La situación era mucho más

aguda tratándose de los ejércitos virreinales, cuyo número, por otra parte, era bastante mayor. Pero no solamente se produjeron perjuicios inmediatos a la vida y a la propiedad de los campesinos. Hay que remarcar que ese daño resultó institucionalizado. En plena guerra emancipatoria, por obra de equívocos asesores peruanos, feudales algunos de ellos, fue abolida la comunidad campesina el ayllu agrario. La República mantuvo luego el error entre falacias y los hacendados pasaron a arrebatarse las tierras a los indígenas amparados en las nuevas leyes. Esas mismas tierras que antes se habían hallado, mal que mal, protegidas por las leyes de Indias, dictadas por España. En suma, la enorme mayoría de hacendados (que en general no pelearon en las guerras de la Independencia, pero la usufructuaron), vieron intocadas sus propiedades. Muchísimos fueron indemnizados. Luego incrementaron sus feudos mediante el despojo legalizado de los ayllus a través de la prescripción larga (sin buena fe ni justo título) y mediante las llamadas composiciones de tierras. Finalmente, los latifundistas de la costa se enriquecieron más, mediante las manumisiones de esclavos de sus haciendas, a través de muy pródigos peculados. ¿Puede afirmarse entonces, como lo hace el autor del libro que comentamos, que el sector social más afectado con la Independencia fue el de los latifundistas? Es imposible aceptar esta tesis, pero el autor la sostiene avalando (p. 228) al más brillante conservador de aquella época separatista: "José María de Pando —afirma— salió en defensa de los hacendados, argumentando, con alguna exageración, que ningún otro grupo so-

cial había sido igualmente perjudicado por las guerras de la Independencia". Convendría, asimismo examinar la actuación de muchos de los peruanos "representativos" de la independencia, que nos ha filtrado la historia oficial, en desmedro de los auténticos próceres de la Independencia. El autor nos da algunos nombres. RIVA AGÜERO El más pérfido de todos los de aquel tiempo, José de la Riva Agüero, ese mariscal que según testimonios de la época "no sabía de qué lado se ponía la espada", aparece cubierto por un piadoso velo de protección en "Aristocracia y Plebe". Es el pseudo



Los hábitos coloniales perduraron durante tiempo en la etapa republicana.

prócer que ultrajó a San Martín, calumnió a Bolívar, atacó sañudamente a Castilla y vituperó a cuanta gente de mérito hubo (y por algo Haya de la Torre usaba su nombre como sinónimo de calumniador). Es el mismo que traicionó a la Emancipación y se plegó a los españoles, el que siempre se replegó en las campañas, el que odiaba a los indios, despreciaba a los mestizos y engañaba a los negros con promesas de libertad. Pues bien, ese ambicioso sin causa noble no luce allí como lo que verdaderamente fue; y esto es malo. Es malo porque la historiografía tradicional (reaccionaria por lo común) no deja de elogiar, siempre que puede, al famoso "Mariscal", cuyo nombre llevan aún avenidas e instituciones en la República de opereta que todavía vivimos y sufrimos. Es malo también porque a la colectividad peruana le resulta difícilísimo saber quién fue verdaderamente ese Riva Agüero, puesto que sus fangosas memorias (firmadas con el pseudónimo de Pruvonena) son inaccesibles; constituyen una rareza bibliográfica. Apenas se dice de tan siniestro personaje que cambió de actitud a causa de "el jacobinismo de Monteagudo y el temor ante las clases populares" (p. 223). Ambos asertos son falsos. Monteagudo, que era un radical, jamás fue jacobino en nuestro país; se cuidó mucho de serlo, especialmente con peruanos y con patriotas, porque sabía como eran de moderadas las dominantes tendencias criollas. Por otra parte, Riva Agüero no tuvo temor ante las masas populares limeñas (negros, zambos y mulatos en su mayoría) y hasta diríamos que entre 1820 y 1823, las manejó relativamente bien. Engañó con éxito. Fue quizás el primer demagogo de la República. Porque la verdad era que sentía desprecio racista, repudio de clase por el pueblo y así fue como mentía a los propios negros sobre los que ejerció influencia: consta que traficó políticamente con las ofertas de manumisión. Por último, hay que dejar bien sentado que Riva Agüero fue un tráfuga que abandonó la causa independentista en el peor momento de la guerra, cuando Simón Bolívar decidió culminar la Independencia contra la voluntad de casi toda la nobleza peruana y de otros grupos dominantes. Esto nos lleva a registrar aquí otro olvido del autor.

¿Y ESPAÑA? Una de las más graves deficiencias de la obra es la falta de análisis de las contradicciones de la sociedad colonial en su relación con la metrópoli. Se sostiene así que, al final, dos fuerzas terminaron sumándose contra la aristocracia colonial: el sentimiento antiespañol y la agresividad de la plebe (p. 222). Sin entrar a discutir lo afirmado, creo que falta un aspecto esencial, un hecho decisivo de aquellos días. Nos referimos a la tendencia liberal española y concretamente a la llegada del comisionado real Manuel Abreu, con plenos poderes de la Corona (esto es de un Fernando VII totalmente dominado por los liberales de Riego) para negociar con los sublevados. La toma de Lima se produce, exactamente, dentro del lapso de las treguas de las conversaciones de Púnchauc, entre los dos bandos, el de San Martín y el del virrey, alentado este sin cesar por el ecléctico y pacifista negociador español y por algunos generales españoles progresistas que anhelaban la paz y alguna forma de independencia. LIMA — CENTRISMO No sé si realmente pueda hablarse de un "retraso en la proclamación de la independencia peruana" (p. 209). Aceptar esta aseveración es caer en la historia tradicional, limeño-centrista, en una anquilosada interpretación que desprecia el hecho que la capital del Perú poco ha significado en las luchas por causas populares y hasta diríamos en todo tipo de luchas en el país, con escasas excepciones. Dejando de lado movimientos menores (Zela, etc.), no podemos desdeñar la formidable insurrección cusqueña de los Angulo-Pumacahua (1814-1815) que tomó medio Pe-





ru y llegó desde Huancavelica hasta más allá de La Paz; movimiento anterior a los de la independencia de países como México, Brasil y Chile. La historia oficial mantuvo sepultada en el olvido la gran sublevación de Cusco-Ayacucho-Arequipa-La Paz y no es bueno mantener esa línea, ni en aras de una historia de Lima.

Todo lo dicho sin insistir en Túpac Amaru (1780), quien casi siempre por vía oral y en cuatro idiomas propagó la ruptura con España, por más que en algunos documentos oficiales mantuviese tácticamente la ficción de relaciones con la Corona. Y su separatismo lo probó con hechos, que pesan más que palabras: mataba a los representantes del rey, destruía a los ejércitos del rey, saqueaba las cajas del rey, liquidaba a los compatriotas del rey. Además, gobernaba como un nuevo monarca, con banderas propias. No hubo, pues, "retroceso" en la proclamación de la independencia peruana.

DATOS SUELTOS

Solamente en esta parte de la obra podemos detectar los siguientes errores: a) el tribunal del consulado no intentó levantar un arco triunfal en honor a San Martín (p. 216); lo levantó. El asunto dista de ser anecdótico desde que esa institución había financiado todas las campañas represivas contra los patriotas en América, inclusive contra San Martín en Chile, así como en Ica y Huaura. b) Humboldt no estuvo "pocos días" en Lima (p. 230), sino más de dos meses. c) La yerba del Paraguay o mate es escasa en la pág. 62 y sobreabundante en la pág. 70. Igualmente son erradas, o más que discutibles, varias definiciones de peruanismos, y americanismos como chafalote, tabardillo, plata, piña y otras. Asimismo, el vocablo "chinos" debió usarse aclarándose que no se trata de gente de China sino de una casta de zambo.

EL AMO LIMENO

También resulta inaceptable la idea de que "el mejor símbolo del amo limeño era el látigo" (p. 232). No fue así. Más bien la habilidad de la aristocracia limeña colonial fue lograr un término medio en el cual la violencia no era una característica permanente. Al contrario, lo que los viajeros y observadores de aquel tiempo anotaban, más o menos, que "los esclavos en general son bien tratados y en cierta forma integran la familia del propietario", marcadisimamente en la ciudad. La documentación al respecto es cuantiosa. Los aristócratas esclavistas y una vasta capa de propietarios de uno o pocos esclavos en el seno de la clase media, usaban mucho del tira y afloja. El múltiple padrinazgo lo acredita. Las fiestas —tan estimuladas para las cofradías negras y practicadas limitadamente en los propios patios de las residencias (con danzas que se propagaron entre los criollos de las más al-

tas clases)— eran también un excelente medio de aliviar tensiones en una toda inestudiada solidaridad negro-criolla, débil pero indudable, que emanaba de un común sentimiento antiindio, casi defensivo.

La condición de los esclavos negros solía variar en las haciendas alejadas de Lima, pero en las zonas comarcanas es el propio autor quien habla de las chacras de esclavos, muy abundantes, que constituían también otro medio de alojamiento de las tensiones de clases. En la sierra cuando había negros eran generalmente capataces o algo así.

No olvidemos por último que, allí donde estuviesen, los negros, zambos o mulatos, libres o esclavos, constituían un estamento superior al de los indígenas y hasta lucían superiores a la vasta capa de los mestizos oscuros, los cholos, generalmente campesinos y servidores urbanos; innumerables testimonios así lo acreditan a lo largo de toda la etapa colonial.

CRIOLLOS

De la lectura de la página 169 podríamos llegar a conclusiones bastante erradas sobre el término criollo.

La verdad es que la palabra criollo no tenía características denostativas ni insultantes; quizá nunca las tuvo. En todo caso, basta ver la portada de los Comentarios Reales del Inca Garcilaso para comprobar que, precisamente, dedicó su obra "a los indios, mestizos y criollos de los rei-



Humboldt permaneció en Lima y escribió sobre ella en cartas y memorias.

nos y provincias del grande y riquísimo imperio del Perú, su hermano y paisano". Siglo y medio más tarde, con citas que muestran inclusive altivez y orgullo de ser criollo.

Eso sí, su uso tendió a decaer en los finales del siglo XVIII, como una consecuencia tardía del movimiento tupacamarista. Esta inclinación del lenguaje escrito fue fruto inconsciente de los renovados vínculos solidarios surgidos en esa época entre españoles europeos y españoles americanos, frente a lo que suponían el necesario enemigo común, el indio; y esto fue impulsado, sin duda, por las manzanas racistas de españoles criollos y mestizos por algunos anárquicos lugartenientes del inca Túpac Amaru; pero todo este reforzamiento tardío de la "alboeracia" (gobierno de blancos) como lo llamó Simón Bolívar, se le escapa al autor en sus análisis, así como —a pesar del título del libro— el enfoque de la aristocracia inca-

Muchísimos más, porque la voz criollo se utilizó profusamente en el periodismo colonial y en las principales obras académi-



La bella casa de la Perricholi, frente a la Alameda de los Descalzos. Ahora es la fábrica de Cerveza Cristal.

cas virreinales, oficiales o no; y hasta en Memorias de Virreyes; una larga antología podría presentarse al respecto, con citas que muestran inclusive altivez y orgullo de ser criollo.

Eso sí, su uso tendió a decaer en los finales del siglo XVIII, como una consecuencia tardía del movimiento tupacamarista. Esta inclinación del lenguaje escrito fue fruto inconsciente de los renovados vínculos solidarios surgidos en esa época entre españoles europeos y españoles americanos, frente a lo que suponían el necesario enemigo común, el indio; y esto fue impulsado, sin duda, por las manzanas racistas de españoles criollos y mestizos por algunos anárquicos lugartenientes del inca Túpac Amaru; pero todo este reforzamiento tardío de la "alboeracia" (gobierno de blancos) como lo llamó Simón Bolívar, se le escapa al autor en sus análisis, así como —a pesar del título del libro— el enfoque de la aristocracia inca-

cas virreinales, oficiales o no; y hasta en Memorias de Virreyes; una larga antología podría presentarse al respecto, con citas que muestran inclusive altivez y orgullo de ser criollo.

ca residente en Lima, casi siempre desdenada y humillada.

Y por cierto estas consideraciones nada tienen que ver con la etimología del vocablo, que además el autor la da errada. Su sentido semántico original, negro nacido en América, y en realidad negro nacido en cualquier parte del mundo que no sea África, estaba ya totalmente olvidado para entonces. En su momento encono hacia los españoles, Riva Agüero resucitó un argumento de trescientos años al redactar sus "28 Causas"; y se



Pancho Fierro vio nacer el Perú independiente. Aquí muestra el júbilo de gente morena.

equivocó, en eso como tantas cosas más.

GEOGRAFIA PERUANA

En geografía tanto anda bien informado el autor. Dice, por ejemplo (p. 63) que una mercantil salía de Lima y pasaba por Chosica y realidad Chosica no tenía aún. Faltaba medio para que naciera una ciudad, que era como estación del tren, pero si había unas chacras y pastizales llamados Lachocica. Además, solamente una vía de negros, soldados y bandos. Pocos mercaderes sus arrieros iban por éstos usaban el camino Huarochiri para ir al tro, casi siempre.

Con vendría también clarar que el nombre taro no regía aún, aquel caudal muchas minaciones, siendo el Río de Jauja la más Mantaro era el nombre río sólo al volcar surgen en las selvas del Apurímac.

El autor habla también de un Perú con "puertos y puertos", que es que menos tiene. Al Perú sería la excepción junto con el Callao, el bote y San Nicolás entonces caletas de pescadores trahumantes y personas. Y no hay más nos se puede poner como ejemplo Huanchaco, "puerto" desde la época de la conquista española y donde aún podemos servir las dificultades frontadas hasta por los geros caballitos del para salir, a causa de la escasez de las aguas.

Pero donde más se afirma es cuando afirma general, en la geografía venía el "lio del rebelde". Ya Cieza ha establecido siglos que el peruano —en general— adverso a rebeliones para gente muy da, agregaríamos la verdad es particular honda en los des donde los rebeldes que ir por agua y a los valles y allí esto si lo desean las ridades, pues con frecuencia colaboran tre bandidos y las rurales dominantes.

Mucho más puede afirmar, pero solo se "aría por ahora que, contra lo que el bello prólogo, la siempre significa el forzoso escenario dese un hermoso de Jean Chesneau (pecto). Esta verdad cho más profunda país de paisajes contrastados a la mente a la placidez de lles costenos.

ACOTACIONES

En la pág. 232 el autor que quisiera estas líneas cree que pen, plebe y mas son sinónimos. La opinión que no tanto resulta impropia. Apenas si menciona que el hecho por sí sólo sea al revés, los propios soldados ejércitos libertados jos todos del país escapan en su obediencia calificación general lincuentes. En los esperamos precisos.